

El inesperado auge económico

por Laurent Carroué*

Sumido en las ruinas después de la guerra, Corea del Sur parecía estar condenado a una difícil, si no imposible, reconstrucción nacional. Pero en tan sólo tres décadas se convirtió en uno de los países más desarrollados del mundo. El autor de esta nota explica el éxito económico que, sin embargo, estaría en riesgo meses después a causa de una de las crisis más graves de su historia.

Corea del Sur se convirtió, en tres décadas, en una potencia económica: segundo país del mundo en construcción naval, tercero en electrónica para consumo generalizado, quinto en producción de automóviles, sexto en siderurgia, duodécimo importador y exportador del planeta. Entre 1963 y 1995, su producto interior bruto (PIB) real se multiplicó por doce y la renta por habitante por siete y su producción industrial aumentó un 450% de 1982 a 1997.

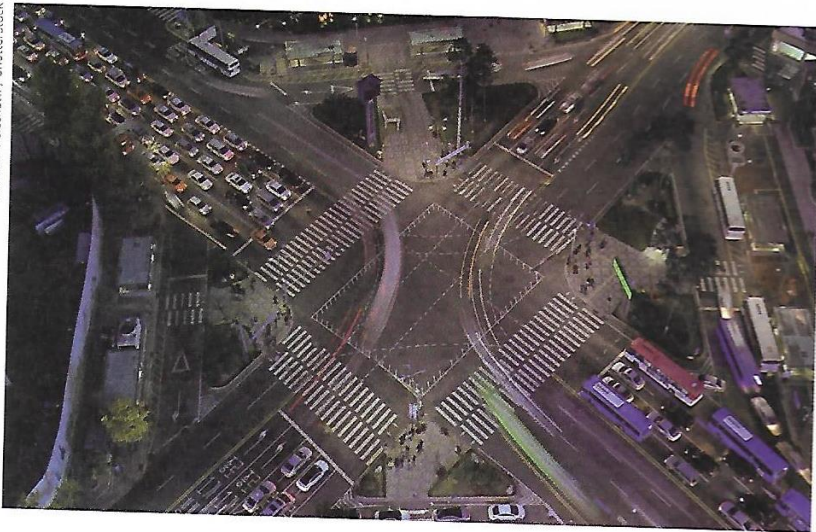
Ese extraordinario avance se debe a los *chaebols* (grandes conglomerados multinacionales). Samsung, Hyundai, LG Group, Daewoo, SsangYong... Esos grupos, controlados en sus dos terceras partes por las familias fundadoras, fueron los artífices del proyecto de desarrollo lanzado por un régimen militar, nacionalista y dirigista. Corea del Sur atravesó tres grandes fases: sustitución de importaciones (1953-1961); promoción de exportaciones (1961-1973), y desarrollo del sector de industrias pesadas (1973-1980) hasta pasar del estatuto de país en vías de desarrollo al de nuevo país industrializado, convirtiéndose en uno de los principales "tigres" asiáticos.

Seúl, la capital, es una de las metrópolis más caras y contaminadas del mundo, el agua de la canilla es raramente potable porque está polucionada con metales pesados. Los desequilibrios territoriales y de la jerarquía urbana –macrocefalia de Seúl– son considerables, debido a que las densidades demográficas son elevadas y el índice de urbanización

sigue aumentando considerablemente desde hace años. Una especulación territorial desenfrenada enriquece al 5% de los propietarios que poseen dos tercios de los terrenos privados (1), mientras que se multiplican las catástrofes (hundimientos de puentes, derrumbamiento de los grandes almacenes Sampoong, en 1995, que causó 500 muertos y 900 heridos). Finalmente, el acceso al crédito está gravado por unas tasas de interés muy elevadas (25%).

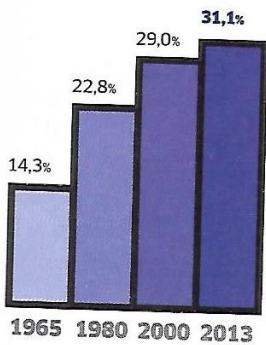
Otra contrapartida del éxito económico, además del sacrificio del medioambiente, de los precios de las viviendas y de los transportes, es la explotación feroz de la mano de obra. Los años setenta se caracterizaron por la inmolación de obreros que protestaban. La libertad sindical, parcial, no será conquistada hasta 1987, después de violentísimas manifestaciones. Sin embargo, en 1996, la Federación Coreana de Pequeñas Empresas, que emplea a la gran mayoría de la mano de obra extranjera –"industriales en prácticas" estimados en 150.000 entre legales e ilegales– tuvo que editar un folleto para recomendar a sus miembros que eviten maltratar a sus empleados (2).

Era el precio a pagar para que Corea del Sur acceda finalmente, en 1996, al club de los países ricos: la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). Pero el tiempo de los sacrificios no terminó. Los *chaebols*, que controlan lo esencial de la economía (los diez primeros realizan el 23% de la producción nacional y el 60% de las exportaciones), son gigantes con pies de barro. →



Fuerza laboral. Corea del Sur cuenta con 26.430.000 empleados activos y un desempleo estimado del 3,3%. Se encuentra entre los 25 países con menor desempleo del mundo.

Participación de la industria en el PIB
(en porcentaje)



→ Sobreendeudados, no sobreviven más que gracias a un apoyo incondicional del sistema bancario estrechamente sometido al poder. El *chaebol* no prospera más que bajo la protección de un Estado autoritario, reforzado por lazos íntimos con los dirigentes políticos (Samsung se lo debe todo al primer presidente de posguerra, Syngman Rhee, y el ascenso de Daewoo no se puede concebir sin la protección que le dio posteriormente el ex general-presidente Park Chung-hee). Sin embargo, la amalgama de empresas-gobernantes-funcionarios desembocó en una corrupción generalizada, como lo testimonian los diferentes procesos que salpican a los más altos dirigentes económicos y políticos del país (el general Roh Tae-woo, jefe de Estado entre 1988 y 1993, se hizo con una cuenta de 650 millones de dólares).

Los *chaebols* se encuentran igualmente empantanados en la estrecha dependencia estratégica y económica, tejida durante la Guerra Fría, respecto a Estados Unidos y Japón, que poseen respectivamente el 18% y el 24% del mercado coreano y realizan el 29% y el 37% de las inversiones extranjeras. Existe también una fuerte dependencia comercial: las exportaciones, que no representaban más que el 2% del PIB en 1961, constituyeron el 35% en 1995. Con una neta especialización en electrónica (38% de las exportaciones), industria textil (15%), antes que la química (7%) y la construcción naval (5%). Los *chaebols*, que practican técnicas feroces de *dumping*, para apoderarse de mercados extranjeros y aplastar a la competencia, están expuestos a toda clase de medidas de represalia, como sucedió en febrero de 1996, cuando la Comisión de Bruselas decidió imponer unos aranceles de un 24,4% a los hornos microondas importados de Corea.

Último handicap de los *chaebols*: su dependencia tecnológica debido a la debilidad de la inversión en investigación y desarrollo. Así, los astilleros navales pagan fuertes cánones a los grupos japoneses (entre el 5% y el 10% del precio de un buque). La misma situación se produce en la industria automovilística: cuando Hyundai se felicitaba, en 1993, de ser capaz de concebir y producir solo su primer auto, de hecho, Mitsubishi poseía el 11% de su capital, Kia dependía en un 7,5% del japonés Mazda, y Daewoo acababa apenas de romper su asociación con General Motors.

Desde entonces, los *chaebols* multiplicaron las *joint-ventures* (sociedades con capitales mixtos) con el fin de obtener tecnologías extranjeras con mejores precios, practicando además una política sistemática de vigilancia y espionaje tecnológico e industrial en detrimento primero de Japón, después de Estados Unidos y ahora de Europa. Así Daewoo, sector automotor, soborna a antiguos ingenieros de BMW, Porsche o General Motors, abre un centro de investigación en el Reino Unido y en Munich y coopera con un centro de diseño italiano.

Finalmente, los *chaebols* van a perder [desde 1997] su mercado interior protegido. Con su adhesión a la OCDE, Corea del Sur deberá abrir su mercado a empresas extranjeras en el marco de los acuerdos firmados con la Organización Mundial del Comercio. El levantamiento de las protecciones arancelarias amenaza entre el 5% y el 12% de la producción local y entre 170.000 y 405.000 empleos (3). Y el Estado deberá apartarse. Además dejó de jugar ya su papel de agente regulador entre *chaebols* con intereses divergentes, como lo testimonia la nueva ofensiva de Samsung en la industria automotriz que choca de frente con la supremacía de Hyundai.

Lógica de guerra

Lo que está sucediendo es que los *chaebols*, atrapados en su lógica económica, encorsetados entre las producciones de alto valor agregado de los países desarrollados y las producciones de masas con bajos costos salariales de los países asiáticos emergentes, están condenados a devorarse entre ellos o a acelerar la internacionalización de sus bases productivas.

El objetivo estratégico de cada *chaebol* es convertirse en un grupo multinacional gigante en el nuevo paisaje industrial y tecnológico mundial del siglo XXI. Samsung ambiciona escalar del 18° al 10° puesto mundial. Daewoo (33° puesto mundial) cuenta con duplicar sus ventas en el extranjero, conquistar el 10° puesto del mercado mundial de sus principales productos y triplicar sus establecimientos en Europa.

Sus inversiones en el extranjero aumentaron un 28% entre 1995 y 1996 para alcanzar un depósito de existencias acumulado en torno a los 16.000 millones de dólares. Si China (30% de depósitos acumulados en 1994) y el resto de Asia (18%) eran prioritarios ante Estados Unidos (25%), Europa Occidental y Oriental (20%), desde 1994 se convirtieron en sus objetivos

Entre los grandes

A mediados de 1980, Corea del Sur se convirtió en el tercer país en fabricar chips de silicón de 286 bits y copó el mercado estadounidense con sus productos, como lo había hecho antes con los televisores.

privilegiados, en tres grandes sectores industriales: aeronáutica, electrónica y automotriz.

En aeronáutica, la prioridad coreana consiste en aflojar la presión estadounidense (construcción de aviones militares bajo licencia) para adquirir autonomía tecnológica. Así, Samsung firmó en 1995 un acuerdo de estudio con la alemana DASA, y se ofertó como comprador de la empresa de aviación holandesa en quiebra Fokker NV, en noviembre de 1996, contra una ayuda del Estado de 1.700 millones de francos. Pero los otros *chaebols* se negaron a asociarse a esa empresa.

En la electrónica para consumo masivo, los *chaebols* se destacan. Los principales conglomerados surcoreanos crearon una treintena de empresas en Europa. Y son poseedores del 40% del mercado europeo de hornos de microondas.

En la industria automotriz, la ofensiva también es importante. Las empresas coreanas aumentaron sus ventas en Europa Occidental en un 39% en 1995. Con un 2% del mercado, los coreanos se encuentran, sin embargo, muy atrás de los japoneses (10,7%). Pero Daewoo, por ejemplo, tiene como objetivo pasar de 700.000 a 2.000.000 de vehículos por año, de los que el 50% se construirá en el extranjero gracias a sus plantas instaladas en China, India, Rumania, Polonia, Uzbekistán, Irán, Filipinas, Indonesia, Vietnam, República Checa, Ucrania...

Esta internacionalización acelerada se lleva a cabo con las viejas recetas que tanto éxito dieron a los *chaebols*: saqueo tecnológico, pero de forma civilizada, a través de la compra de empresas de alto nivel en los países industrializados, y, esta vez, sobreexplotación de la mano de obra extranjera. Al adquirir en 1993 una fábrica de montaje de automóviles en Uzbekistán, Daewoo logró que modifiquen la legislación laboral que prohibía la producción continua con tres equipos de ocho horas.

Regresión laboral

¿Qué importa entonces, en este impulso conquistador, la suerte del trabajador coreano? Más que realizar un esfuerzo de formación, de calificación, de investigación, acompañado con un mejor reparto de los beneficios, los *chaebols* se limitan a lo más simple: despidos en masa de una mano de obra demasiado costosa y retorno a los bajos salarios.

Pero, desde 1987, el movimiento de democratización (libertades sindicales, supresión de la censura, derechos de la oposición) resquebrajó el collar de hierro que los *chaebols* y el Estado utilizaban para presionar a la sociedad coreana en nombre del interés nacional. Los trabajadores conquistaron revalorizaciones salariales (un 8,4% anual) después de muy duros conflictos sociales –aunque el salario mínimo no se aplique más que en las grandes empresas y beneficie a menos del 10% de los asalariados–. Corea del Sur alcanza ya el 89% de los costos salariales unitarios europeos. Los obreros de las

grandes empresas están mejor pagados que los del Reino Unido. La elevación del nivel de vida hizo emerger nuevas exigencias, para la extensión de los derechos sociales (sistema generalizado de pensiones, seguridad social, democratización de la enseñanza...) y para una mejor calidad de vida.

La aparición de una clase media obsesionada por un frenesí de consumo entraña un fuerte déficit de la balanza comercial, mientras que las exportaciones se estancan. A fines de 1996, el gobierno de Kim Young-sam, antiguo disidente bajo la dictadura militar y primer jefe de Estado civil del país después de treinta años, impuso por decreto un duro plan de austeridad. Ordenó a los coreanos consumir menos (“nada de regalos de fin de año”), con el fin de preservar los grandes equilibrios macroeconómicos, y suprimió millares de empleos de funcionarios.

Finalmente, con el pretexto de la entrada de Corea en la OCDE, el gobierno voló en socorro de los *chaebols* con una nueva legislación laboral profundamente regresiva: simplificó al máximo los procedimientos de despido, suprimió las garantías de empleo, una de las raras “adquisiciones” de las que, por otra parte, no se beneficiaron más que una parte de los asalariados, aumentó sensiblemente el número de horas trabajadas ya muy elevado (la duración legal del trabajo semanal es de 54 horas y media), facilitó el reemplazo de huelguistas por interinos y, finalmente, prohibió la creación de nuevos sindicatos. Esas medidas fueron votadas en siete minutos, el 26 de diciembre de 1996 a las seis de la mañana, durante una sesión secreta del Parlamento, en ausencia de la oposición. Este dispositivo se acompañó de una ley profundamente anti-democrática y represiva que reforzó los poderes de la feroz seguridad pública (apodada KCIA), frente al potencial enemigo interno en que se convirtieron los asalariados en luchas reivindicativas y sus organizaciones sindicales.

El país respondió con una huelga general con centenares de miles de huelguistas en centenares de sitios. La huelga se inició en los principales sectores de actividad de los *chaebols* (construcción naval, sector automovilístico). Después, los trabajadores adoptaron nuevas formas de lucha, con huelgas semanales y manifestaciones. Esos obreros a los que se ponía como ejemplo a los asalariados europeos por su flexibilidad y su docilidad (ante el hecho de unas relaciones socioeconómicas militarizadas más que por la preocupación por la productividad) aparecen de repente a la vanguardia de la rebelión social contra la mundialización ultraliberal. ■

1. *El desarrollo económico de Corea*, Serie “Estudios económicos”, OCDE, París, 1994.

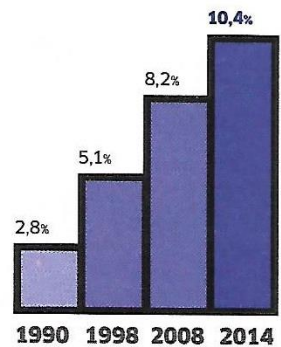
2. Artículo de *Asia Times* de Bangkok, citado por *Courrier International*, París, Nº 317, 4-12-1996.

3. Philippe Pons, *Le Monde*, París, 28-11-1996.

*Profesor de la Universidad de París VIII.

Gasto público social

(como porcentaje del PIB, 1990-2014)



Concentración económica

En los años 90 las diez firmas más grandes de Corea del Sur totalizaban el 60% de la producción y las cuatro más grandes concentraban el 40%. Lo que significa que diez familias surcoreanas controlan el 60% del “milagro surcoreano”.